

ILUSIONES.

Comedia en un acto y en verso, por D. Braulio A. Ramirez, *representada por primera vez en el teatro de Variedades, en el mes de marzo de* 1848.

PERSONAS.	ACTORES.
D. Juan.	*Sr. Capo.*
Encarnacion y	*Sra. Royo.*
Florencio, *sus hijos.*	*Sr. Rojas.*
Gabriel.	*Sr. Areu.*
Nazario, *criado.*	
Un personage que no habla.	

ACTO UNICO.

La escena pasa en Madrid á las diez de la mañana en casa de don Juan. Sala amueblada decentemente con puerta en el fondo y á la izquierda. Una mesa con varios trozos de mineral.

ESCENA PRIMERA.

Don Juan *con unos trozos de mineral en la mano,* Gabriel *y* Encarnacion *retirada á un lado leyendo el Diario de Madrid.*

Gab. Que no, don Juan, no señor;
todo eso en el dia es cuento.
Juan. Por vida de!... no consiento
que se sostenga ese error.
No sé como hay quien se atreve
á atacar con esa saña,
lo que mas honra á la España
en el siglo diez y nueve.
Si señor; y esta verdad
la diré una vez, y ciento:
las minas... son el cimiento
de toda felicidad.
¿En què consiste la envidia
que nos tiene el estranjero?
En que vé que ni el dinero
recojemos por desidia.
Gab. Convengo en eso, don Juan,
y no hay por qué acalorarse,
mas á qué viene matarse
y vivir con ese afan?
Si es tan grande su aficion
á gastarse los doblones
en desmenuzar terrones,
siga usted con su aprension.
Pero que de noche y dia,
á la comida y la cena
no ha de haber palabra buena
sino es de lo mismo, astia.
Juan. Desengáñate, Gabriel:
cada hombre tiene su tema,
y el que rema, rema... y rema,
al fin alcanza....
Gab. Oropel.
Sin ir mas lejos, sepamos,
¿á creer que es lo que induce
que es plata lo que ahi reluce?
Señor, en qué nos fundamos?
No conoce usted, don Juan,
que en el dia hay mucha gente,
que se burla del creyente
con tal de que saque pan?
Lo demas es disparate,
créame usted, se lo ruego;
si aplica usted eso al fuego...
habrá de plomo un quilate.
Juan. Solo un quilate? Y de plomo?
Vaya vaya, dejamé,
pues que de minas ya sé
no entiendes ni por asomo.
Tú entenderás de justicias,
abogado faramalla,
pero en esto... calla, calla,
no puedes dar mas que picias.
Si esto es claro como el sol;
¿no ves aqui cuántas vetas?
Lo menos... veinte pesetas
he de sacar al crisol.
Y sino, ¿cómo yo habia

de pagar las tres acciones
á razon de cien doblones?
GAB. Haciendo una tonteria.
JUAN. Eh! eso es hablar al aire,
y si alguna te cediera...
GAB. Francamente respondiera
haciendo á usted un desaire.
Una vez, á mi pesar,
me obligó usté á ser minero,
y en vez de ganar dinero
no hago mas que malgastar.
Viene el mozo cada mes:
¿cada mes?... cada semana,
vaya usté á junta mañana
porque es de sumo interés.
Voy allá ¿y qué se acuerda
despues de estar discutiendo?
Otro nuevo dividendo
ó que la mina se pierda.
Qué? no es asi? digo mal?
no se derrama el dinero?
Es usted un majadero
al derrochar su caudal.
JUAN. Derrochar? Soy muy sutil:
yo no lo estoy derrochando:
¿y lo que se está esplotando
allá junto á Becerril?
¿Y el Carmen, Santa Cecilia,
la Rica y la Ventajosa?
Verás, Gabriel; poderosa
vá á ser toda la familia.
La que mejor se prepara
y vale mas que un tesoro,
es la que llaman del Moro
que está allá... en Guadalajara.
¡Aquella mina si que es!...
mas son tantos los apuros,
que ayer mandé tres mil duros
al ingeniero francés.
GAB. Tres mil duros?
JUAN. Si, ¿te choca?
GAB. No ha de chocarme?
JUAN. Qué tonto!
ya verás, verás que pronto
es para mi una bicoca.
Con muy corta diferencia,
segun calcula el francés,
importará en este mes...
dos millones la existencia.
GAB. Usted qué dice?
JUAN. Qué tal?
Vas entrando acaso en gana?
Pues mira, en esta semana
se hace plata el mineral.
GAB. Eso asombra.
JUAN. Asombra, si;
vá el francés en un instante
á hacer un horno gigante
con aquello que le di.
(*hablan con misterio y Encarnaeion se acerca.*)
No digas nada entretanto.
GAB. Nada diré.
JUAN. Porque quiero
presentar luego el dinero
asi, como por encanto.
GAB. Muy bien.
JUAN. Qué copelacion!
qué buen dividendo, eh!
Entonces si que daré
muy buen dote á Encarnacion.
Ola pícara! parece
que atiendes á lo que hablamos.
ENC. Como oí mi nombre....
JUAN. Vamos,
que eso reñir no merece.
Te he entretenido á Gabriel,
y eso no tiene perdon.
ENC. Pero papá....
JUAN. Y és razon
que te deje hablar con él.
ENC. Si nada he dicho.
JUAN. Corriente;
ya veo no dices nada,
mas la gente enamorada
no quiere á nadie presente.
Si es cierto, ¡qué caracol!
GAB. No diré....
JUAN. Esas son pamplinas;
me voy á ver qué hay de minas
hácia la puerta del Sol.

ESCENA II.

GABRIEL, ENCARNACION.

ENC. Gracias á Dios que se fué!
GAB. Lo deseabas?
ENC. Oh! si.
Me dá pena verte á ti
escuchar con esa fé.
GAB. Pero qué intolerante eres!
Cada uno tiene su tema.
ENC. Si, pero ya tanta flema
es un fastidio.
GAB. Y qué quieres?
En cambio tienes un padre
el mejor entre los buenos,
y no te hace echar de menos
las caricias de tu madre.
ENC. No puedo quejarme de èl,
pues me adora tiernamente,
y sobre todo... consiente
que nos amemos, Gabriel.
GAB. Y al cabo ya de tres años
que asi suceda no es justo?
ENC. Si, pero....
GAB. Y no es su gusto
nos tratemos como estraños.
Por él no hay dificultad
en que se haga el casamiento,
y por Dios que es violento
vivir asi; ¿no es verdad?
¡Cuánto anhelo, Encarnacion,
esa dicha encantadora!
Esa dicha que atesora
todo un mundo de ilusion!
Porque ser tuyo, mi bien,
en amorosa coyunda,
es la gloria mas fecunda,
el mas delicioso eden.
ENC. Si, Gabriel, tambien á mi
esa idea me enloquece.
GAB. Oh! bien haya quien merece
el ser amado de ti!
Ya sabes, querida mia,
que para este casamiento,
solo falta un documento
que vendrá cualquiera dia.
Pues mi hermano diligente

ha un correo me escribió,
y entonces me aseguró
que quedaria corriente.
Y siendo asi....

ENC. Ya comprendo.

GAB. Puede ser que el mejor dia....
ay qué cabeza la mia!
Y tu hermano?

ENC. Está escribiendo.

GAB. No he preguntado por él,
y quizá no me perdones.

ENC. De cumplido no blasones
en esta casa, Gabriel.

GAB. ¡Cómo tú le quieres tanto!

ENC. Le quiero como él á mí.

GAB. Yo tambien le quiero, si,
pero sus pullas no aguanto.

ENC. Y quien os manda, por Dios,
de la politica hablar?

GAB. No se puede remediar
en donde se reunen dos.
Yo con lógica le arguyo,
pero con él, no hay razon:
te lo he dicho, Encarnacion,
no parece hermano tuyo.
Y desde que es periodista,
la verdad, del Ministerio,
le tienes, chica, tan serio
que no hay ya quien le resista.

ENC. Eh! esas son necedades.

GAB. Es lo cierto.

ENC. No porfio.

GAB. Pero á bien que yo me rio
y le digo las verdades.

ENC. Aqui llega él; silencio!

GAB. Por qué he de callar?

ENC. Porque es
malicioso: hasta despues.

GAB. Vete con Dios. Oh! Florencio!

ESCENA III.

GABRIEL, FLORENCIO.

FLO. Querido Gabriel, adios.
¿Cómo tú tan de mañana?

GAB. Vine... por ver á tu hermana.

FLO. Será acuerdo de los dos.

GAB. Si asi lo crees....

FLO. Pues luego!
En las cosas de amorio,
ya sabes, amigo mio,
que Florencio no es muy lego.
Sepamos, ¿qué hay por la córte
tú que andas de madrugada?

GAB. No he oido nada, nada,
que me interese ni importe.

FLO. Socarron! hay que callar
en tocándote este punto.

GAB. La verdad, es un asunto
que no debemos tocar.

FLO. ¿Y cuando fijas, pobre hombre,
la idea del porvenir?
¿Cómo quieres adquirir
con esa apatia un nombre?

GAB. Ni lo busco; ni ambiciono;
esas glorias no deseo,
ni como tú yo rastreo
por las alfombras del trono.

FLO. Eso, Gabriel, es decir....

GAB. Una verdad como un templo:
has dado mas de un ejemplo,
y no acostumbro á mentir.

FLO. Hablas hoy, como jamás.

GAB. Yo chico, siempre soy franco,
y nunca jamás me atranco
al soltar la lengua, ¿estás?
Por lo mismo que te aprecio
y me intereso por tí,
siento que seas asi....
tan obcecado y tan necio.

FLO. Por Dios, Gabriel!

GAB. Ten paciencia
y mis palabras escucha,
que cuando la culpa es mucha,
es mucha la penitencia.
Si prescindiendo de todo
hubieras sido constante
en tu opinion, adelante,
cada uno piensa á su modo.
Mas que por una peseta
venda uno su conviccion,
eso... sigo en mi opinion,
no quiero un hombre veleta.

FLO. Pero Gabriel!...

GAB. Lo repito,
no hago paz con periodista
que un dia fué progresista
y que ahora toca otro pito.

FLO. Gabriel, ten moderacion,
y á la razon te sujeta.

GAB. No quiero un hombre veleta,
déjame con mi opinion.
Absurda será y raquitica,
pero en fin, cómo ha de ser;
el favor que me has de hacer,
es no hablarme de politica.

FLO. Lo prometo formalmente,
mas antes has de escucharme,
porque quiero vindicarme
de cuanto has dicho.

GAB. Corriente.

FLO. Cierto que en el periodismo
he sido algo... veleidoso,
y aunque me fué vergonzoso
defendi el absolutismo.
Pero qué has de hacer, querido?
En esta tierra maldita,
todo esto se necesita
para vivir atendido.
Yo defendí al Pretendiente,
mas me salió mal la cuenta,
y abjuré... porque otra renta
me daban los del Regente.
Despues por la coalicion
me vi un poquito halagado,
pero vino el moderado,
y acepté su proteccion.
Y aquí, mi amigo querido,
es en donde mas se prende,
porque el mérito se atiende
mejor que en ningun partido.

GAB. Lo que sois es un atajo
de... ¡mezquina inconsecuencia!
¿dónde está vuestra creencia?

FLO. En dónde está?... En el zancajo.
Ya que con saña cruel
me pones en un aprieto,

voy á decirte un secreto;
pero cállalo, Gabriel.
GAB. Veamos.
FLO. A lo que infiero,
segun me ha dicho un amigo,
tratan de darme... ¿lo digo?
la cruz de Carlos tercero.
GAB. A ti, chico? De verdad?
FLO. Como lo acabas de oir.
GAB. Pues hijo, puedes decir...
que es una barbaridad.
FLO. Poco á poco.
GAB. Si señor.
Eres un pobre menguado;
sino, á ver, en qué has ganado
esa cruz de tanto honor?
En trazar dos folletines
llenos de mil necedades,
y decir barbaridades
de unos y otros mandarines.
En escribir adulando
al que tu osadia halaga,
ó al Ministro que te paga
porque sostengas su mando.
Eso es innoble, lo digo.
FLO. Pero Gabriel, no te irrites.
GAB. Mira, Florencio, si admites....
no te cuentes por mi amigo.
Eso se dá á la virtud
y al mérito verdadero.
FLO. Pero hombre... soy algun cero
que merezco esa acritud?
Torpe y menguado me llamas,
y la verdad no penetras:
¿soy tan negado en las letras?
¿no he escrito ya cuatro dramas?
GAB. Y quién los ha visto, dí?
Su critica, dónde se halla?
FLO. Mis amigos....
GAB. Calla, calla,
no te condenes á tí.
Gracias que nada te creo
de cuanto oigo.
FLO. Tú deliras;
no acostumbro á echar mentiras.
GAB. Fuera en verdad harto feo.
Mas quién te lo ha dicho?
FLO. Un hombre
que tiene mucha valia,
y ha visto en secretaria
bajo un decreto mi nombre.
Y segun el tal sugeto
me dijo, seguro estoy
que en la Gaceta de hoy
debe salir el decreto.
Conque si tu me permites,
voy á ver con tu licencia...
GAB. Eso será una insolencia,
y otra insolencia si admites.
FLO. Qué terquedad! ¿qué has de hacer
si se empeñan en mimarte?
GAB. Tienes razon; culpo en parte
á los hombres del poder.
A esos hombres que se ligan
y á un genio esconden la mano,
y al que se arrastra villano
mil honores le prodigan.
¡Oh España que estás sujeta
á quien disfama... silencio!
Vamos, vámonos, Florencio,
á ver eso en la Gaceta.

ESCENA IV.

DON JUAN *desde la puerta acompañado de un hombre que representa un francés.*

JUAN. Id con Dios: oye Gabriel,
que tengo que hablar contigo.
Aguárdese usted, mi amigo,
voy á pagarle en papel.
Esta si que es ganga, esta:
¡y por qué raro conducto!
Una accion que está en producto,
y casi nada me cuesta.
Encarnacion!
ENC. Voy, papá.
JUAN. Esto si que es tener don,
y fortuna. Encarnacion,
no vienes?
ENC. Aqui estoy ya.

ESCENA V.

Dichos y ENCARNACION, *luego el criado. el francés hace muchas cortesias.*

JUAN. Gracias al cielo que sales!
Del dinero que te dí,
traeme al instante aqui
seis billetes de á mil reales.
Este papel (con cuidado,
no armes una confusion)
ponle en el otro cajon,
y deja todo cerrado.
ENC. Está bien. (*vase.*)
JUAN. La Criadora!
qué nombre tan... criador.
Y es accion al portador:
es ganga que me enamora.
Con esto y conque de allá
me escriban buen resultado
de lo que hayan ensayado,
no mas apetezco ya!
Nazario!
NAZ. Qué manda usted?
JUAN. ¡Con cuánta impaciencia espero!
Aun no ha venido el cartero?
NAZ. No señor.
JUAN. ¡Qué pesadez!
Hay pendiente algun aviso?
NAZ. Hoy no señor.
JUAN. Y pidiendo
vienen algun dividendo?
No me tengan por remiso.
NAZ. Tampoco, señor.
JUAN. Corriente.

ESCENA VI.

DON JUAN, ENCARNACION.

ENC. Tenga usted los seis mil reales.
JUAN. Cuatro, cinco, y seis; cabales
(*acercándose al francés.*)
Téngalos usted, y cuente.
Están bien? Adios amigo.
(*vase el francés haciendo cortesia.*)
Quiera Dios que asi suceda:
buena es tambien la moneda:
mil gracias, lo mismo digo.

Encarnacion, hija mia;
he hecho una compra asombrosa.
ENC. De alguna mina.
JUAN. Famosa.
ENC. ¡Siempre con esa mania?
JUAN. Calla tonta, si no sabes
siquiera qué estás hablando.
ENC. Se que está usted derrotando
una porcion de...
JUAN. No acabes.
No quiero en este momento
enfadarme por tan poco,
y en verdad seria un loco
si te diera asentimiento.
¿Qué entiendes tù, pobrecina!
de estos negocios?
ENC. No entiendo,
pero lo que yo comprendo
que usted si que es una mina.
Ya me tiene usted cansada
de tanto afan, tanto apuro;
el mejor dia, es seguro
que dá usté una campanada.
JUAN. Chica! chica!!..
ENC. Si es verdad;
¿no está usted siempre gastando
y la venida esperando
de una gran felicidad?
¿En dónde está esa fortuna?
digámelo usted, ¿en dónde?
Sin duda, papá, se esconde
allá, detrás de la luna.
Toda mi vida á usted vi
dar el dinero á porrillo,
¿y ha echado usté en el bolsillo
siquiera un maravedí?
JUAN. Eso es porque no quiero, (*muy exaltado.*)
porque no me da la gana
pues si quisiera... mañana...
Nazario, vino el cartero?
NAZ. No señor.
JUAN. Has de advertir,
pese á tu necia insolencia,
que solo de la existencia
un millon he de fundir.
Has de saber, voto á tal!
que se ha hecho un horno muy grande,
y cuando al francés le mande
hará plata el mineral.
Por el correo de hoy
tal vez reciba una carta,
y juro quedarás harta
de riquezas, por quien soy.
Pues en ella has de leer
de letra del ingeniero,
que saldrá tanto dinero
que no sepamos que hacer.
Y bajillas en tu armario,
jarras, vasos, cafeteras,
que tu quieras, que no quieras,
de plata han de ser, canario!
ENC. Perfectamente; es castigo
que no sentiré, lo advierto;
procure usted que sea cierto,
y verá que nada digo.
JUAN. Pues bien, bien, ya lo verás:
en cuanto á mi se me antoje,
en un dia se recoje...
ca!... si... mucho mas!

ESCENA VII.

Dichos y GABRIEL *leyendo una carta.*

JUAN. ¡O Gabriel! me alegro mucho
que des la vuelta tan pronto:
esta niña me hace tonto
en lo que yo soy mas ducho;
figúrate... Pero calla,
que aun á ti no te he contado
un negocio que he logrado
como ninguno se halla.
GAB. Dígame usted.
JUAN. Sabe, pues,
que estando en puerta del Sol,
llegó uno hablando español,
aunque debe ser francés.
Con mi aficion peregrina
estaba yo hablando al alma,
cuando él se llega con calma
y me dice «comprar mina?»
«Yo voime á marchar á Francia,
y dejar esta nacion;
porque allá en la insurreccion
faltar hombres de importancia.»
Al principio, no sabia
que decir ni contestarle,
pero trato de tantearle
con maña, con maestria,
y le digo «pche! comprarla...
corriente, mas vale poco:
y me dice «usté estar loco?
»Usted no sabe que charla.
»Se ha hecho copelacion
»á fines del mes pasado,
»y sepa usted que han quedado
»mil duros por cada accion.»
Yo que dejo lo sutil
para circunstancias tales,
aunque pidió diez mil reales,
vino á soltarla en seis mil.
Luego á mi casa le trage:
en billetes le pagué:
yo con la accion me quedé,
y él habrá emprendido el viaje.
GAB. Cierto que es muy buen negocio,
y es usted afortunado:
pero usted no se ha informado,
señor don Juan, de algun sócio?
JUAN. Por qué?
GAB. Por lo que convenga;
por si hay alguna maldad.
JUAN. Pobre Gabriel! ¿falsedad,
en cosa que yo intervenga?
¡Qué equívoca es tu opinion
cuando asi piensas de mi!
GAB. Mi interes...
JUAN. Aun dudas? si?
Voy á traerte la accion.
GAB. Pero...
JUAN. Tengo gusto en ello,
veré á ver si lo confirmas,
cuando veas cuatro firmas
y ademas grabado un sello.

ESCENA VIII.

GABRIEL, ENCARNACION.

GAB. Vaya con Dios.

ENC. Que demente!
cuando! cuando será el dia
que se acabe esa mania?
GAB. Cuando alguno le escarmiente.
Con lo que digo ten cuenta:
luego que uno de esos pillos
le limpie bien los bolsillos,
ya verás como escarmienta.
Mas dejémonos, querida,
de esas cosas, y pensemos
entre otras que apetecemos
con intencion decidida.
La carta...
ENC. La has recibido?
GAB. Aqui está.
ENC. Cielos! ¡tan pronto?
GAB. Mi hermano, no es nada tonto;
aqui está cuanto he pedido.
ENC. Y como si antes...
GAB. Yo iba
con tu hermano junto á casa,
cuando me veo que pasa
mi cartero hácia allá arriba.
Al punto á su encuentro salgo;
cojo la carta, la leo;
despues á tu hermano veo
que ya no le alcanza un galgo.
Le he de dar, segun costumbre,
una carga!
ENC. Pues que ha hecho?
GAB. Ya le verás en el pecho
una gran cruz que deslumbre.
ENC. Tú qué dices?
GAB. Lo que escuchas.
ENC. Dónde ó cómo la ganó?
GAB. Toma, toma, que se yo?
Como se han ganado muchas.
Pero á lo que importa mas:
¿estás por fin decidida
á que se arregle, querida,
nuestra boda?
ENC. Tu dirás.
GAB. Lo dejas á mi eleccion?
Vive Dios que no me pesa:
te juro que me interesa
que sea pronto, Encarnacion.
En cuanto venga... me alegro:
ya viene tu padre aqui:
déjame, déjame á mi,
que pronto será mi suegro.

ESCENA IX.

Dichos, DON JUAN, *luego el criado con una carta.*

JUAN. Aqui está; gózate en ello,
lee aqui... «La Criadora»
mina en... tal parte, ahora,
mira las firmas y el sello.
GAB. Es cierto; me he convencido;
perdóneme usted, don Juan;
y este que firma «Beltran»
es hombre muy conocido?
JUAN. Ahora iria yo á comprar
alguna cosa perdida:
sabe Gabriel . que en mi vida
me pudo nadie engañar.
GAB. Yo de eso contento estoy,
y rindo mi enhorabuena.
JUAN. Bien lo merece, que es buena,
buena ganga la de hoy.
¿Sabeis lo que pienso, chicos?
ENC. Usted dirá.
JUAN. Si, lo haremos:
que este dia celebremos
ya que vamos á ser ricos.
GAB. Corriente.
JUAN. Si, si, los cuatro.
mandemos venir un coche,
y pasaremos la noche
si os parece, en el teatro.
ENC. Pues dice usted bien.
JUAN. Canario!
¡que soberano proyecto!
¿qué tal, Gabriel?
GAB. En efecto...
JUAN. A ver, á ver el diario.
(*recorre el diario, y lee.*)
GAB. Iris. Progreso. La aurora.
¡ocurrencia peregrina!
¿cómo se llama esa mina?
JUAN. ¿Qué cómo? La Criadora.
Qué tiene que ver?...
GAB. Querido, (*riendo.*)
se ha lucido usted.
JUAN. Que afan!
¿qué quiere decir?
GAB. Don Juan...
ha quedado usted... lucido.
JUAN. Pero Gabriel, yo no acierto
porque haces tanta pregunta;
GAB. Cuéntela usted ya difunta:
esa sociedad, ha muerto.
JUAN. Esas chanzas...
GAB. Son fatales,
pero ha hecho usté un buen negocio;
aun piden á cada sócio
seiscientos y tantos reales.
JUAN. No puede ser, es mentira.
GAB. Aqui lo tiene usté impreso.
JUAN. (*lee.*) Dios mio! yo pierdo el seso,
yo rabio, rabio de ira.
Que un picaro de francés
se haya burlado de mi!
si yo le encontrára!
GAB. Si;
habrá hecho alas de sus pies.
JUAN. Picaron! ¡y con que modos
me vino á catequizar!
GAB. Es claro, para engañar,
hipócritas se hacen todos.
JUAN. Reniego, voto va brios,
de la ambicion y el dinero.
NAZ. Señor... ya vino el cartero.
JUAN. Vino ya? Gracias á Dios!
No hay otra alguna?
NAZ. Ninguna.
JUAN. Esta es la que necesito:
Dios quiera que en este escrito
encuentre mejor fortuna.
La carta si que es de alli,
mas la letra, á lo que infiero,
no es del francés ingeniero:
es de otro amigo; si, si.
«Amigo, si me he animado
»en este dia á escribirte,
»es solo para decirte

»que aquel pájaro ha volado.»
Eh! qué es esto?
GAB. Cosa estraña!
JUAN. «Que aquel de los tres mil duros,
»como salió ya de apuros,
»nada quiere con España.
»Y abandonando su tráfico
»anoche mismo se fue,
»asi que supo lo de...
»cierto parte telegráfico.»
Dios mio, estaré yo ciego?
«De decirlo me abochorno:
»sin trazar siquiera el horno,
»tomó las de Villadiego.»
¡Hay, valor, Santa Teresa,
para este nuevo revés!
(se le cae la cartera; la coge Gabriel, y lee.)
GAB. «Y como que era francés,
se despidió á la francesa.»
JUAN. Virgen del Cármen! yo muero,
si, de rabia! de coraje!
Sufrir otro nuevo ultraje!
Y de quién? De otro estrangero!
Por vida de Lucifer,
que si á mis manos le hubiera,
vive Dios! que no volviera
ningun otro robo á hacer.
GAB. Aprenda usted, ahora, aprenda.
JUAN. Nada, Gabriel, quiero oir.
(se sienta á la izquierda.)
GAB. *(á Encarnacion.)* Hoy le verás concebir
propósito de la enmienda.
ENC. Pero papá...
JUAN. Eh! silencio!
déjame tú. ¡Maldicion!!...
GAB. Mira, mira, Encarnacion,
aqui tienes á Florencio.

ESCENA X.

Dichos, FLORENCIO muy cavizbajo y con la Gaceta en la mano.

GAB. Ay hombre!... que triste vienes!
hoy tu cara es de poeta.
Dime, ¿traes la gaceta?
FLO. Si, tómala; aqui la tienes.
(Florencio se sienta muy pensativo en el estremo de la derecha, mientras don Juan vá esparramando con rabia algunos trozos de mineral que saca de los bolsillos.)
GAB. Malo! malo, no hay albricias?
¡hoy es un dia fatal!
Francamente, estamos mal?
¿No trae buenas noticias?
FLO. No, Gabriel.
GAB. San Juan de Luz!
¡qué cambio tan estupendo!
pero chico, ¿estás fingiendo?
No cuentas ya con la cruz?
FLO. No, Gabriel.
GAB. Y tu esperanza?
FLO. A mi sencillez maldigo!
GAB. Mas qué te ha dicho tu amigo?
FLO. Que todo ha sido una chanza.
ENC. Bien empleado te está,
por consentido y avaro.
GAB. Aqui lo tienes bien claro,
tu hermana lo ha dicho ya.
Esa, Florencio, es leccion;
aprende ahí á conocerte.
Oh! cuan pronto se convierte
en humo toda ilusion!
Y usted, don Juan, que abatido
le dejan los desengaños,
¿de qué le sirven los años
si el mundo aun no ha conocido?
JUAN. Tienes razon, si, Gabriel:
yo me fingia un tesoro,
y se ha convertido el oro
en menos que en oropel.
GAB. Pero aun es tiempo, si tal,
de acudir con el remedio;
discurra usted otro medio
para aumentar su caudal.
Que yo con afan prolijo
trabajaré...
JUAN. Eso me admira!
GAB. Es deber de quien aspira...
JUAN. A qué?
GAB. A ser vuestro hijo.
JUAN. No haya miedo que reproche,
hijos mios, vuestra union.
GAB. Un abrazo, Encarnacion;
tu, Nazario, encarga un coche.
ENC. Y qué intentas?
GAB. Me acomoda
que se haga lo del teatro:
celebremos todos cuatro
las vísperas de mi boda.
Te parece, Encarnacion?
ENC. Es tuya mi voluntad.
GAB. Esta si que es realidad,
la dicha del corazon.
Florencio, por vida mia,
que en ti la murria no cede;
olvídalo; eso sucede
á cualquier hombre en el dia.
Y pues que no hicistes ascos
al vender tus opiniones
cuando hubo largos doblones,
bien mereces esos chascos.
Deja ese anhelo pueril
que tanto el honor empaña,
no se diga que en España
hay quien se vende servil.
JUAN. Bien dicho, Gabriel, te luces:
me enamoran tus doctrinas,
(se dirige á Florencio.)
y cual yo hago con las minas,
echa tu al diablo las cruces.
¡O ambicion! como seduces
los humanos corazones
con la doradas visiones
de un porvenir mas fecundo!
Asi es todo en este mundo;
farsa!... mentira!!.. ilusiones.

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.